TONY NINGUNO

Andrés Montero

A Nicole,
contadora de historias,
compañera en el camino.

Lo indecible no está escondido en la literatura:
es lo que mucho antes la ha desencadenado.

Georges Perec

Para las personas supersticiosas advierto aquí que una conseja popular del siglo XVIII afirma que quien quiera leer todo el libro morirá antes de terminar la lectura. Igualmente debo añadir que yo terminé la presente traducción en 1959 y sigo gozando de una regular salud.

Juan Vernet
Introducción a "Las mil y una noches"

1. MATAR AL REY

Después recordé que ya lo había visto desde el aire, mientras volaba de un trapecio a otro. Había divisado sus ojos absortos en mi vuelo, en mis manos seguras, en el traje brillante que destellaba hacia sus ojos mudos por mi vuelo, por mi cuerpo suspendido en el aire, por mi cuerpo suspendido en el tiempo. Estaba sentadito al lado del árabe, pero parecía querer elevarse conmigo, porque alzaba el cuello como si intentara volar, también él.

Toda la vida fue así. Siempre me pareció que cuando daba un paso, en realidad estaba intentando dar el siguiente. Por eso caminaba raro y por eso parecía turnio: porque miraba más allá de adelante. Es decir, hacia lo más profundo de sí mismo y hacia ninguna parte. Al igual que durante esa noche helada, esa noche en la que estaba sentadito en las graderías del circo observando mi número de trapecios y él no quería estar sentado ahí sino volando, suspendido en el aire y en el tiempo, y por eso levantaba el cuello y estiraba la espalda y

abría los ojos para sentirse más cerca de ese algo que lo fascinaba y lo desesperaba, que yo creía que era mi vuelo pero que era yo misma o mi recuerdo.

A la mañana siguiente apareció el árabe dando vueltas por los camarines con el niño de la mano. Yo estaba lavando ropa en el balde, dentro de la tienda que compartía con mis primas, y desde ahí escuché que el desconocido preguntaba, en mal español, por el dueño del circo. La Fátima salió a ver quién era y luego regresó. Es uno que parece árabe, me dijo, uno de barba, con la nariz grande, que estaba en la función de anoche con un cabrito chico, ¿lo viste?

Yo entonces me acordé del niño y me apuré en salir.

El árabe hablaba con Malaquías Garmendia, que se tiraba los bigotes porque no le comprendía. Yo me puse a su lado y me acurruqué entre sus brazos para que me permitiera escuchar de qué hablaban. Al cabo de un rato logré entender que el desconocido quería venderle algo a Malaquías.

—Parece que le quiere vender un libro.

Le dije esto despacito a nuestro Señor Corales, pero el árabe me debe haber escuchado porque me apuntó con el dedo, como indicando que efectivamente eso era lo que había estado tratando de decir; y al hacerlo, el niñito, que había estado observando distraído el ruedo de la carpa, siguió la trayectoria invisible del dedo árabe y me miró a los ojos. No sé si me reconoció o no como la que la noche anterior había volado frente a él, pero se quedó observándome de forma extraña, como si mientras me miraba de arriba abajo hubiese estado en realidad muy lejos de ahí, como si no fuera más que un fantasma con urgencia de comunicar algo a los humanos para hacerse invisible de nuevo. Sentí curiosidad por ese niño y también algo de simpatía o de temor.

El árabe sacó de pronto de su bolsón los libros que estaba ofreciendo y se los mostró a Malaquías Garmendia. Eran dos libros grandes y viejos. Cuando Malaquías los abrió, sentí un olor que también me pareció muy antiguo, de otra época y de otro lugar y de otras personas, gente especial que había leído esos libros en otras épocas y en otros lugares distintos a los nuestros, pero con certeza más fabulosos. Quise olfatear más de cerca los libros, pero Malaquías los sostuvo en el aire, lejos de mí, mientras respondía que no tenía plata para comprar libros porque recién le habían traído el león de Europa y todavía no pagaba ni la segunda cuota.

—Además que aquí nadie sabe leer —dijo encogiéndose de hombros, escupiendo al suelo—. Somos cirqueros nomás.

Yo entonces miré los libros, que volaban entre las manos de Malaquías como si fuera yo misma en los trapecios, y logré leer el título en mi mente y luego lo repetí en voz alta.

—*Las mil y una noches* —recité de corrido.

El árabe volvió a apuntarme, pero esta vez con toda la palma de su mano abierta y observando a Malaquías con ojos irónicos o preguntones o desafiantes. Malaquías me miró asombrado.

—Mi tía Magdalena me está enseñando —confesé innecesariamente.

Luego bajé la cabeza esperando una reprimenda. El niñito miraba los libros y luego me miraba a mí. Yo le sonreí con timidez y él me devolvió algo que parecía ser una media sonrisa. Malaquías Garmendia hojeó los libros, como si quisiera darles una oportunidad.

Y ocurrió algo extraño. Extraño como el árabe y el niño y los libros. Extraño como todo ese día que torcería para siem-

pre los humildes caminos de nuestro circo: el árabe comenzó a hablar español casi sin dificultades, como si lo hubiese envuelto una lengua de fuego invisible, y ante nuestro asombro se puso a contar una historia.

La historia extraña de un rey y una princesa.

Su español era ahora tan claro, y su voz se volvió tan grave y amena que Malaquías no lo pudo o no lo supo interrumpir para insistirle que los libros no interesaban y que tampoco había cómo pagarlos. Así que escuchamos su relato completo sin decir nada.

Era la historia de un rey que mataba mujeres, y de una princesa que le contaba cuentos.

Aunque en el mismo momento en que comencé a escucharla supe que estaba frente a algo definitivo, algo que cambiaría por completo la vida que hasta entonces había llevado, y aunque durante mucho tiempo leí las historias de ese libro por puro placer y gozo, no las narraría hasta nueve años después de la visita del árabe desconocido. Fue recién entonces cuando comenzaron los años de éxito del Gran Circo Garmendia, del modo en que comienzan las cosas definitivas: por pura casualidad.

Al menos eso creímos. Resultó que durante un ensayo, nueve años después de la visita del árabe, me caí del trapecio y me fracturé un brazo. Me dijeron que no podría actuar hasta que me recuperara. De modo que me pasaba el día mirando a los demás y ayudando a mi tía Magdalena y a mi tía Hilda con las comidas y esas cosas. Yo ya tenía diecisiete años y me aburría. Como no sabía en qué ocupar el tiempo, me puse a leer el único libro que había en el circo y que yo ya conocía bastante bien.

No sé en qué momento decidí que me iba a aprender de memoria sus más de dos mil páginas. Lo más probable es que no haya hecho tal cosa, la verdad es que ya no creo haber decidido nada nunca. Pero por ese entonces yo todavía creía que mi vida era mi vida y que yo tenía poder sobre ella y que cosas como caerse de un trapecio podían llamarse accidentes, y que intentos de aprender de memoria dos mil páginas de historias podían llamarse decisiones. Pero lo cierto es que lo hice, o al menos comencé a hacerlo. Y durante una fogata, después de la tercera o cuarta función en que yo ya era oficialmente la encargada de la boletería, reemplazando al tío Arístides hasta que me recuperara del brazo, la Fátima me empezó a molestar delante de todos porque andaba todo el día con mi libro leyendo en voz alta.

—Pareces mongolita —me dijo, pero yo no me enojé porque no sabía qué era ser mongolita.

Le dije que leía el libro porque me lo iba a aprender de memoria.

—¿Y para qué?

—Para ser como Sherezade.

Y entonces me preguntaron quién era Sherezade y yo tomé aire y empecé la historia que nos había contado el árabe nueve años atrás.

La historia de un rey y una princesa. De un rey que mataba mujeres y de una princesa que le contaba cuentos.

Cuando terminé se hizo un silencio largo, durante el cual sólo se pudo escuchar el crepitar tranquilo del fuego, como si fuera el eco del fuego árabe. Después alguien pidió que le pasaran el ron. No quedaba.

Se pusieron a hablar de otras cosas, cosas del circo. La pantomima que habíamos presentado en la segunda parte no

había funcionado. Dijeron que teníamos que volver a hacer reír a la gente. Se preguntaban por el espíritu del circo. Unos decían que en el norte la gente se reía menos. Otros decían que el problema éramos nosotros. Alguno de mis tíos propuso que deberíamos descansar por unas semanas viviendo de los ahorros. Se trataba de recuperar fuerzas, lo apoyaron los demás. Se trataba de recuperar la mística de la familia Garmendia. De hacer honor al apellido. De eso se trataba todo.

—De qué ahorros hablarán estos huevones —murmuró Malaquías, pero nadie le respondió porque él tampoco le había hablado a nadie.

—Es culpa de la Fátima, que se puso a barrer la carpa hacia afuera —dijo la Milagros.

—Mentira —dijo mi prima Fátima.

—Yo te vi.

—Mentirosa.

—No peleen —cortó mi tía Magdalena, y todos se volvieron a hundir en el silencio.

El fuego y la conversación menguaban y no quedaba leña ni ron, pero nadie se iba a acostar. Yo sabía que esperaban que continuara la historia del rey y la princesa, y también sabía que no me lo iban a pedir. Así que no dije nada más.

Fue Malaquías, algún rato después, el que trajo de regreso el tema, recordando, supongo, la sugerencia que el mismo árabe le había dado nueve años atrás.

—Te tienes que parar en la pista y contar lo mismo que contaste ahora —me ordenó de pronto, sin mirarme pero apuntándome con su dedo, el dedo índice de esa mano tan grande—, vas a contar lo mismo que contaste ahora, vas a hacer eso en vez de la pantomima que no funcionó. Y hablando

fuerte. En la función de mañana. Vamos a hacer función mañana, carajo. Y a la pendeja que se le ocurra barrer la carpa hacia afuera la agarro a latigazos.

Todos asintieron y yo también, aunque no tanto porque estuviera de acuerdo –que lo estaba– como porque de pronto supe, así como se saben las cosas inequívocas, que me acercaba a algo, a mí misma, mil años antes o después, pero entonces no lo sabía, sólo empezaba a recordar.

En la función pasó casi lo mismo que en la fogata. El público, siempre gritón y entusiasta, se fue quedando callado a medida que la historia de Sherezade avanzaba. Nadie me miraba a mí. Era como si el relato estuviera sucediendo en el espacio de aire que me separaba de los ojos del público. La historia aparecía y yo me iba difuminando o volviendo transparente como un fantasma. Era como si todos, el público, los personajes, yo misma, estuviéramos suspendidos en el tiempo, o mejor, como si no existiera tal cosa.

Nadie aplaudió cuando terminé. Hubo algunos segundos de silencio, de respiración contenida, de espera, como si forzaran a las agujas del reloj a no moverse, a no avanzar todavía, a no quebrar el silencio.

El silencio de los mil años que nos separaban de Persia.

Una señora del público preguntó, sin alzar mucho la voz:

—¿Y qué pasó después?

Yo respondí tranquilamente que Sherezade sólo contaba una historia cada noche.

—¿Entonces sigue mañana? — quiso saber otro desde las graderías.

Yo no lo tenía claro, así que no dije nada. Pero Malaquías Garmendia aprovechó la pausa y apareció de repente en la pis-

ta en alto, anunciando que las historias de Sherezade continuarían en la función de la noche siguiente.

Creímos que los años de gloria habían comenzado, y estábamos en lo cierto.

Creímos que éramos inmortales.

Nos equivocábamos.

Yo conté en esa fogata y en esa función casi exactamente lo mismo que el árabe nos había contado nueve años atrás, la mañana helada en que llegaron ***Las mil y una noches*** al Gran Circo Garmendia, cuando yo tenía ocho años y el niño apenas dos o tres. El árabe no hablaba bien español y de pronto lo hizo perfectamente y empezó a contar la historia de un rey y una princesa.

Dijo que en el antiguo reino persa vivió un rey llamado Sahriyar, que tomó la costumbre de casarse todas las noches con una nueva doncella. Durante la noche de bodas, el rey le arrancaba la virginidad y luego la vida a sus mujeres. El ritual se repitió cada noche, durante mucho tiempo, hasta que llegó el día en que en todo el reino fue prácticamente imposible encontrar jóvenes vírgenes para que se casaran con el monarca. Preocupado por la escasez de mujeres, el rey Sahriyar pidió a su visir que consiguiera a una joven hermosa para esa noche. El visir tembló, pues sabía que no iba a poder encontrar otra doncella, y sabía aún mejor que contradecir al rey era desafiar a la muerte. Se afligió mucho y lloró sujetando la cabeza que sin duda correría por los escalones del reino al día siguiente. Su hija mayor, la bella y joven Sherezade, lo descubrió llorando y le preguntó qué ocurría. El visir le expresó su angustia.

—Cásame con el rey —pidió Sherezade después de escuchar a su padre.

Espantado, el visir intentó negarse a tal petición, pero la feroz determinación de Sherezade y el temor por su propia cabeza fueron más fuertes y acabó cediendo entre terribles lágrimas de humillación.

Esa misma noche, contó el árabe desconocido, el rey Sahriyar y la princesa Sherezade contrajeron matrimonio. Cuando llegaron al lecho nupcial, el rey la poseyó durante largas horas y luego se dispuso a asesinarla. Entonces ella le pidió, como último deseo, que permitiera que Dunzayad, su hermana menor, viniera a verla para poder despedirse de ella. El rey accedió a regañadientes, sólo conmovido por la gran belleza de Sherezade. Pero cuando la hermana de la princesa estuvo ya en los aposentos reales, dijo, antes de despedirse y dar paso al consabido crimen, que le encantaría escuchar por última vez una de las famosas historias de su querida hermana, pues Sherezade conocía muchas. El rey dudó unos segundos y finalmente aceptó escuchar una historia para distraerse un rato. Entonces Sherezade comenzó a contar la historia de un pescador, pero ésta resultó ser tan larga que, antes de poder terminarla, el amanecer entró por las ventanas de los aposentos del rey. El rey Sahriyar decidió que no podía asesinar a la princesa hasta escuchar el final de la historia, y le perdonó la vida por esa noche. El monarca trabajó ese día, dictó decretos, juzgó los asuntos del reino y cuando anocheció regresó a su lecho para que la princesa terminara su cuento. Cuando finalizara, pensó el rey, le daría muerte como era costumbre y justicia.

Pero lo que el rey no sabía era que las historias de Sherezade no tenían final, pues estaban enlazadas la una con la otra de manera infinita, como una caja china. Dentro de cada narración crecían miles de relatos a su sombra, y la princesa

recogía cada tallo de ellos para empezar a contar nuevas historias, y los amaneceres llegaban y el rey no podía asesinarla porque esperaba un final que no podía llegar.

—Y así —nos contó el árabe bajo ese tímido sol de invierno, transportándonos a otro mundo a través de su narración imposible—, Sherezade siguió con vida durante mil y una noches de cuentos, sexo y amaneceres, en tensión con la muerte cercana, que no llegó nunca, como tampoco el final de este libro que hoy yo le ofrezco a usted, don Malaquías, este libro que contiene muchas de las historias que Sherezade contó para seguir con vida, pero no todas, porque son infinitas como este libro que siempre estará inacabado, señor don Malaquías, para que esta niña, por ejemplo, esta niña que sabe leer se aprenda los cuentos de ***Las mil y una noches*** y los pueda compartir cada noche con ustedes como la bella princesa Sherezade.

No sé por qué razón el árabe propuso que yo contara los cuentos. Creí que Malaquías no lo habría tomado en serio –yo apenas juntaba letra con letra–, pero sin duda lo escuchó, porque nueve años después las palabras del árabe seguían flotando en el aire del circo y terminaron por hacerse realidad.

En la función de la noche que siguió a mi debut como Sherezade, cuando tenía diecisiete años y el brazo todavía fracturado, el circo se repletó para escuchar el final de la historia que había comenzado la noche anterior. Pero en vez de terminarla, abrí un nuevo cuento dentro del que ya estaba narrando, de modo que el primero quedó inconcluso.

Fueron cinco funciones seguidas a circo lleno, y sospecho que podrían haber sido muchas más. Pero los números circenses no se podían renovar tan rápido como los cuentos y

la gente ya empezaba a pifiarlos. Así que nos fuimos a otro pueblo, y yo continué la historia donde la había dejado, sin preocuparme de que este fuera un público totalmente nuevo. Sólo expliqué brevemente las razones por las que Sherezade contaba sus relatos.

En ese pueblo, fueron seis las noches de circo lleno.

Malaquías y el resto sacaban cuentas felices. Empezamos a ganar mucho dinero porque la gente volvía cada noche al circo a escuchar los cuentos. Yo me pasaba el día entero aprendiendo de memoria *Las mil y una noches*. Nunca había sido tan feliz.

Antes de que pasara un año, Malaquías ya me había comprado un camarín para mí sola. Yo ya tenía dieciocho años y la Fátima veintidós, y seguíamos durmiendo juntas en nuestra vieja tienda. Fue la alegría de la Fátima, que ahora iba a poder dormir sola, lo que me impidió rechazar el regalo de Malaquías. Aunque hubiera preferido hacerlo, porque yo sabía que no era un regalo para mí. Era un regalo para él.

Con los libros fue distinto. A Malaquías realmente no le interesaban, pero cuando el árabe terminó de hablar, aquel lejano día cubierto de polvo, yo le rogué a nuestro Señor Corales que los comprara. Se lo pedí por favor diez, veinte veces. Malaquías volvió a tomar los dos volúmenes de *Las mil y una noches* y los olió. Y luego se los pasó al árabe.

—No los puedo pagar —dijo—. Tengo que comprar carne para el león.

El árabe tomó los libros y los llevó a la bolsa, pero antes de echarlos dentro pronunció una frase que sólo hoy comprendo a cabalidad.

—Esta es la carne del león —susurró, y yo sentí escalofríos aunque no entendí qué quiso decir.

En ese momento, el árabe desconocido puso una mano sobre la cabeza del niñito, que seguía ahí sin comprender nada, o quizá comprendiéndolo todo demasiado bien.

—Escuche, señor Garmendia —volvió a hablar el árabe—. Tengo que deshacerme de estos libros hoy mismo. Me han acompañado toda la vida y hoy los tengo que abandonar.

Hizo una pausa y miró al niño, como si no se refiriera a los libros sino a él.

—Los tengo que abandonar cuanto antes —insistió—.No me interesa que me los pague. Sólo le pido a cambio un favor.

Malaquías cruzó los brazos. Yo quise intervenir y preguntar cuál era el favor, pero Garmendia se adelantó y le preguntó al árabe que por qué tenía que deshacerse con tanta urgencia de los libros. El desconocido suspiró largamente y miró al niño y luego posó sus ojos sobre el ruedo de la carpa, y juraría que luego observó a Garmendia con odio. Yo me sorprendí y pensé que me equivocaba, que interpretaba mal su mirada, porque no sabía nada, porque yo no sabía nada de nada, y Malaquías sabía pero no sospechaba, no podía sospechar porque sabía, pero no demasiado. Entonces su rictus cambió y volvió a hablar con su voz grave y amena y envolvente y dijo que no era fácil de explicar por qué tenía que deshacerse de los libros, que parecería una idiotez, pero que existía una creencia, una conjura del siglo XVIII, surgida en Francia, probablemente, una creencia popular e insignificante, una historia de los mentirosos de antaño a la que no debiera hacerse el menor caso, que posiblemente no era nada, sólo historias de viejos, pero que quién sabía, que ya veíamos nosotros que los libros eran tan antiguos, tan curiosos sus relatos, que quién sabía, que lo disculpáramos por su ignorancia, por su superstición, pero que él

temía a esa creencia, le temía como a nada en el mundo a esa conjura, a esa conjura que decía que quien quisiera leer todas las narraciones de ***Las mil y una noches*** moriría en el intento.

Malaquías y yo nos quedamos en silencio. Alguno de los dos tembló y traspasó su temblor al otro. Estoy segura de que fue él.

—Y yo ya leí todos los cuentos —remató el árabe—. Todos menos uno. No he leído el final todavía. Y ya no puedo evitar la curiosidad. Me carcome, señor don Malaquías. Por eso le voy a regalar los libros, porque me tengo que deshacer de ellos y también porque sé que estarán mejor aquí que en cualquier otro lugar.

Malaquías preguntó entonces, con la voz algo débil, como si le costara hablar, cosa que era muy rara en él, acostumbrado a presentar todas las noches los números del circo con gran desplante y a viva voz, que cuál era ese favor que pedía a cambio.

Oh, poca cosa, dijo el árabe, y me sorprendí mucho al darme cuenta de que volvían a atropellarse sus palabras, que la lengua de fuego lo abandonaba, que definitivamente regresábamos al polvo del circo, a sus camarines de tela rasgada, al cansancio de los ocho días seguidos de "tumba y para" que recién la noche anterior habían acabado, porque la función había sido a circo lleno y nos esperaba, quizás, otra noche igual, pero sabíamos que apenas menguara el público tendríamos que tumbar la carpa e ir a pararla nuevamente a un pueblo cercano, donde nos someteríamos al azar para saber si podíamos quedarnos ahí otra noche, o si bien tendríamos que seguir nuestro viaje: mil y una noches de circo, del pobre y pequeño Gran Circo Garmendia.

Regresé a la verdad, al momento, a esa conversación en la que fui parte y que, debido a mi presencia, trastocó para siempre los destinos de todos los que formamos parte de ese circo humilde al que esa mañana había llegado el árabe desconocido con el niño de dos o tres años, y que pedía a cambio de los libros maravillosos y malditos sólo una cosa, poca cosa, que le cuidáramos al niño mientras él resolvía unos negocios en un pueblo cercano. Llegaría a buscarlo apenas terminara la función de esa noche, prometió. Sólo eso pedía a cambio de dejarnos los libros.

Malaquías observó al niño, que se escondió tras el árabe. Yo no me pude aguantar y le supliqué a Malaquías que aceptara, yo puedo cuidar al niño todo el día, juré, y miré al pequeño amistosamente, yo puedo cuidarlo bien. El niño salió de su escondite entre las piernas del árabe y creo que quiso sonreír. No puedo llevar al niño conmigo a "esos negocios," explicó el árabe, y por alguna razón a Malaquías le dio risa, y mientras se reía y miraba al árabe con una especie de extraña complicidad, el dueño de nuestro circo estiró la mano del árabe desconocido y el árabe desconocido se la estrechó con firmeza, y los mil y un corazones expectantes de los antiguos persas penetraron en mi cuerpo de niña.

Vi la tierra que levantaba la carreta del árabe al alejarse del circo y luego observé al niño y le tendí una mano que él tomó enseguida. Me sorprendió que no mirara el polvo que dejaban los caballos de su protector ni que preguntara por qué lo dejaban solo, o dónde estaba su mamá, si es que la tenía. No le importaba nada. Sólo tenía ojos para el circo y para mí, porque yo era el circo y sería Sherezade.

Pero eso ocurriría más adelante. Por entonces no era todavía una contadora de historias sino una trapecista, bastante

hábil por lo demás. Además, me encantaba volar, adoraba el silencio que se convertía en aplauso cuando lograba llegar de un trapecio a otro. Nunca me puso nerviosa que hubiera mucho público. Más bien lo contrario: sólo me inquietaba cuando había poco, pocos ojos fijos en mi vuelo, como si lo que me sostenía en el aire fuera el poder de las miradas. Así que me sentía insegura la función de la noche en que llegó el árabe al circo. Fue un fracaso de público, y yo le eché la culpa a la flojera de todos, que no quisieron hacer el convite general porque ya lo habíamos hecho el día anterior. Yo no entendía por qué les daba flojera hacer el convite. Era lo más divertido de la rutina del circo.

Si estábamos de suerte, nos conseguíamos un camioncito o una carreta de bueyes y nos subíamos todos arriba, ya pintados y vestidos bien colorinches, y la banda del circo empezaba a tocar sus trompetas. La gente sale de sus casas a ver qué cresta pasa afuera que hay tanto barullo. ¡Venga a ver al único, al fabuloso, al Gran Circo Garmendia!, grita el Tony Frutilla, y los niños de los pueblos y también los perros y a veces algunos adultos infantiles o aburridos empiezan a correr junto al camión o la carreta y van saltando felices al compás marcial de nuestra murga de trompetas y tambores tocados por nosotros mismos, levantando el polvo que sube mientras las gotas de sudor caen, y que son lo único que cae en los pueblos del norte y del valle central. Hacia el sur los paisajes son verdes y húmedos, y en vez de polvo hay barro y los niños son más tranquilos porque pierden mucha energía en tratar de calentarse. Pero a mí me gustaban todos los públicos, sin distinción. Y lo que más me gustaba era el convite, porque como que irrumpíamos en sus vidas de repente y todos se sorpren-